

poco despues apareciendo un ángel á aquel viejo, le deshizo todo el engaño del demonio, y le dijo que con solo aquel acto de amor de Dios, había aquel mancebo merecido mas aquel día, que con todo cuanto había hecho en toda su vida. ¡Oh, Dios mio, amoroso dueño de nuestras almas! ¿Qué mas interes que amar tu hermosura? ¿Qué mas logro que anegarse nuestras almas en el abismo inmenso de tus perfecciones? A tí, por tí solo te quiero; á tí, por tu infinita hermosura te amo: y no quiero la vida sino para servirte; y no quiero, sino para amarte con un eterno y seguro amor, la gloria.

PLATICA III.

CÓMO DEBE SER EL AMOR DE DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS.

A 9 de Noviembre de 1690.

EN acertar el empleo consiste el feliz logro de la ganancia; quien al emplear no ve lo que compra, lamenta presto lo que pierde. Por eso todo su cuidado lo pone un mercader en emplear en género que, habiendo de tener valor, deje provecho. Y si tanto cuidado cuesta emplear bien el dinero, porque no se pierda, ¿qué cuidado deberá costar emplear bien el amor, porque no se malogre? El amor, joya la mas preciosa que tiene nuestro corazon; alhaja la mas inestimable que adorna nuestra naturaleza; el amor, que es todo el caudal que solo podemos decir que es nuestro, ¿en qué y cómo se emplea? ¡Oh, Dios! Los unos emplean todo su amor en los deleites: ¿qué cosa mas vil? Los otros emplean todo su amor en vanidades; ¿qué mayor engaño? Estos emplean su amor en las riquezas; ¿qué poquedad mas peligrosa? Aquellos emplean su amor en puestos y honras; ¿qué viento mas vano? Y estos

y aquellos, y los otros, emplean su amor en las criaturas; ¿qué empleo mas mentiroso? ¡Oh, amor mal empleado! y por eso ¡oh, malogrado amor! Porque no teniendo valor todo su empleo, se pierde la ganancia, lo paga el principal y lo llora las mas veces un eterno daño. Ahora, pues, al contrario ha de ser, si hemos de acertar. No se ha de emplear el amor en los bienes del mundo; antes los bienes del mundo han de ser los que hemos de emplear todos en el amor. Toda su casa, todo su caudal, toda su riqueza, dice el espíritu Santo, si la dá un hombre toda para comprar solo el amor: *Si dederit homo omnem substantiam domus suae pro dilectione*; ¿qué le sucederá con tal compra? ¿Qué? que en poseyendo el amor, echará de ver que todo cuanto dió él no era nada; que todas las riquezas y que todas las cosas del mundo, son nada en comparacion de lo que gana con el amor: *Quasi nihil despiciet eam*.—Pues si un amor mal empleado es el que nos pierde, por emplearlo en las cosas del mundo, por el contrario, ¿empleando todas las cosas en el amor, nos hemos de ganar? Sí; ¿más cómo podremos emplear todas las cosas? Yo lo diré bien presto: con amar á Dios sobre todas las cosas.

Oblíganos, pues, el primer Mandamiento á hacer especiales actos de amor de Dios, y que esos actos de amor no sean de amor interesado, y por nuestra propia conveniencia, sino de amor de amistad solo por Dios. Eso ya lo hemos visto; pero ahora nos falta ver el cómo del amor de Dios en aquellas palabras: *Sobre todas las cosas*. ¿Y qué es amar á Dios sobre todas las cosas? pregunta el Catecismo. ¿Será dejarlo por Dios todo? ¿Dejar el mundo, irse á un desierto á vivir desnudo entre as-

perezas? No, que en medio de grandes riquezas puede haber quien ame á Dios sobre todas ellas. Ahí está un Job, un Abraham, un David. ¿Será dejar por Dios los puestos, las dignidades, las honras? No, que entre ellas puede haber quien sobre todas ellas ame á Dios. Ahí están los Fernandos, los Enricos y los Gregorios. ¿Será dejar los adornos, las galas, la pompa? No, que entre esas galas se puede amar á Dios muy de veras. Ahí están una Esther y una Judith. Pues si teniendo riquezas, honras, puestos y galas, se puede amar á Dios sin dejarlas, ¿qué es amar á Dios sobre todas las cosas?—*Querer antes perderlas que ofenderle*. ¡Oh, ley soberana! ¡Oh, ley suavísima! De modo, que Dios que nos lo dá todo, no nos quiere quitar nada, y solo nos pide que en el cotejo de perderlo todo, ó de ofender á su Magestad, estemos resueltos á primero perderlo todo que á perder á Dios. Esto es amar á Dios sobre todas las cosas.

Pero siendo esto tan claro, ó no parece que lo oyen, ó no parece que quieren entenderlo, dos géneros de almas: unas de muy temerosas, otras de muy embarazadas. Las unas se lamentan de que no tienen amor de Dios; las otras se quejan de que no pueden conseguirlo. ¡Oh, válgame Dios! Oigamos las turbaciones de las unas, tan vanas como los embarazos de las otras: padre, dice ya una alma escrupulosa, no sé qué me haga, porque á mí me parece que no amo á Dios, porque ni yo tengo devocion en lo que rezo, ni siento fervor, antes una tibieza grande: no tengo aquellas ansias, aquella ternura de corazon, aquellas lágrimas con que en otro tiempo amaba y buscaba á mi Dios. Y en fin, está mi corazon tan tibio, tan helado mi espíritu, que ni se alienta á hacer con fervor un solo acto de

amor de Dios; y así yo pienso que no lo amo.— Bien; oigamos ahora á las otras almas embarazadas: padre, dicen, quien tiene todo su corazon repartido, y con su corazon repartido su amor, ¿cómo puede amar á Dios con todo el corazon un hombre, ó muger casada y con familia? ¡Oh, Dios! Amar mucho al marido es muy justo, amar á los hijos es obligacion, amar la vida es natural, amar y mirar por la honra es debido. Pues hé aquí un corazon hecho pedazos: ¿cómo podrá entregarse al amor de Dios todo, todo? Mas: el cuidado para el sustento de las obligaciones no se puede excusar, y de aquí se sigue amar la hacienda, desear la conveniencia, apetecer la comodidad. Pues si se aman todas estas cosas, ¿cómo podré yo amar á Dios sobre todas las cosas? Hé aquí las turbaciones de los unos, tan vanas como los embarazos de los otros: pues ni los unos quitan, ni los otros estorvan el verdadero amor de Dios á que estamos obligados por este Mandamiento.

Hay, pues, dicen los Teólogos, dos géneros de amor: (atendedme) el uno *apreciativo*, el otro *intenso*; ó por decirlo mas claro, amor *tierno*: con éste amamos con mas sensible vehemencia, con mas fervor, con mas ternura. Mas con el amor *apreciativo*, no sintiendo esas ternuras del cariño, amamos con mas firmeza, con mas estimacion, con mas aprecio. ¿Y cuál de los dos les parece amor mas poderoso? Dígalo un ejemplo:

Verán una muger muerta por un perrillo de faldas: ¡qué cariños le hace! ¡qué amores! Lo lava, lo asea, lo cuida, y tanto, que porque su mismo hijuelo se descuidó tal vez, y le dió un golpe al perro, se enoja tanto, que dándole ella muy bien al hijo, hace que él acompañe con su llanto los ahullidos del

animal. ¡Hay tal querer! ¡Esta muger no parece que quiere mas al perro que á su hijo? Así parece, pues tanto siente que el perro ahulle, y no se le dá nada que el hijo llore. Pues aguarden: sucede que aquel muchacho cae en una cama con un grave accidente; ¡al punto qué susto de la madre, qué solicitud, qué cuidado! Ya no piensa en otra cosa sino en su hijo: ve que se acerca á la muerte y que no se le halla remedio, ¡qué dolor! Pues poned que en este caso diga el médico: Señora, aquí no hay otro remedio sino matar este perrillo, y abriéndolo, ponérselo á este niño, y sanará sin duda.—¿Eso hay? Pues al punto, al punto que maten al perro y sane mi hijo.—¿Que maten al perro? ¡Este era todo aquel amor? Sí, sí, que todo aquel no era mas que un amor tierno, un amor de cariño; pero al hijo lo ama ademas con amor *apreciativo*; y así aunque parecia que amaba mas al perro, mayor era sin duda el amor del hijo. En el perro empleaba sus caricias, pero en el hijo tenia estimaciones y aprecio.

Pues entendedme ya: este amor *apreciativo* es el que Dios nos pide. Alma escrupulosa, no consiste el amor de Dios en esas ternuras, en esos fervores, en esos sentimientos, en esas lágrimas, no. Dime, ¿estás resuelta y firme á no ofender á Dios, aunque por ello pierdas la vida, la honra, la hacienda, y todo cuanto tiene el mundo? Sí: pues amas á Dios, y dichosa tú que tienes el amor verdadero de Dios, mas que no llores, mas que no te entenezcas, mas que pienses que tienes el corazon duro y empedernido. Lo mismo digo, señores, en el acto de contricion, que es acto de amor de Dios finísimo, que se afligen muchos y les parece que no tienen contricion porque no lloran, porque no sien-

ten ternura de corazón, porque no hacen las alharacas que quizá finjidas hacen otros. No consiste en eso: ¿tienes resolución de morir antes que pecar, de perder honra, hacienda y cuanto tiene el mundo, antes que ejecutar una ofensa de Dios?—Sí padre, que se pierda todo, todo, como yo no pierda á Dios.—Pues tienes contrición, tienes amor de Dios, tienes la gracia, y tienes la infinita dicha aunque no hayas derramado ni una lágrima.

Y tú, alma embarazada con que amas mucho á tu marido y á tus hijos, ámalos cuanto quisieres; ámalos de día y de noche; pero dime, si llegara el caso de que habias de hacer una ofensa de Dios, ó perder á tu marido, á tus hijos, á tu hacienda, ó á tu vida, ¿qué hicieras?—Que se pierda todo, y no se pierda Dios.—¡Oh, resolución cristiana! Pues amas á Dios, no hay duda, sin que esos que juzgas embarazos, sean embarazos. Mira por la hacienda, cuida de tu honra, atiende á tu casa con cuanto amor quisieres; que si estás resuelta de no hacer un solo pecado mortal, aunque todo eso se hubiere de perder, amas á Dios sobre todas las cosas: que tan suave es en su amor, que no te las quiere quitar, sino que por ellas no le ofendas. ¡Oh, Dios! ¿Qué sería ver aquel insigne mártir, aquel varón incomparable, Tomás Moro, metido en un triste calabozo de Inglaterra, cargado de cadenas y grillos, despojado de todos sus grandes palacios, de sus rentas, de sus haciendas, de sus puestos, de su honra, el que pocos días antes era el primer hombre de aquel Reino, privado de Enrique VIII, su Canciller y su primer Ministro? ¿Pues por qué lo ha perdido todo junto? ¿Saben por qué? Por no hacer un pecado mortal, dando su parecer al torpe é infame casamiento que aquel Rey maldito intenta-

ba. Entra en el calabozo su muger, rodeada con sus tiernos hijuelos, y le dice: ¿Es posible que quieras tú ver estas lástimas? mira estas prendas de tu corazón descarriadas ya y del todo perdidas: mírame á mí desterrada, desnuda, pobre, y todo solo porque tú quieres. ¿Qué te cuesta consentir con el Rey, en que á tí, á mí y á nuestros hijos nos vá nuestra felicidad?—¿Y qué durará esa felicidad? le pregunta Moro.—Durará, le responde, treinta ó cuarenta años.—Y por treinta años quieres que perdamos á Dios, y con Dios una eternidad? *Stulta mercatrix es, mea Aloisia*: Luisa mia, ¡qué mala mercadera eres! dijo, y abrazándola á ella y aquellos tiernos hijuelos, con tropel de sollozos y lágrimas, dió constante su cabeza al cuchillo. ¡Oh, varón admirable! Esto, esto es amar á Dios de veras.

Pero, ¡oh desdicha! que ha muchos que quisieran tener su corazón como una mesa redonda, donde no hay lugar principal. Les tira el afecto á amar á su Dios; pero les tira también el apetito á amar á sus vicios: dejar estos, les parece imposible: perder á Dios, conocen que es suma desdicha; y así quisieran juntar en su corazón á Dios y á su ídolo, á Cristo y al demonio. ¡Oh, desdichados! Luz y tinieblas no pueden estar juntas: ó ha de ser de Dios todo ese corazón, ó será todo del demonio.

De Santa Ida Lobaniense se refiere en su vida, (Ap. Eus. *Hermos. de Dios*, l. 2. c. 12) que llena del amor de Dios, parecía que no le cabía su alma en el cuerpo, y por esto se le extendía el cuerpo, se le ensanchaba y engrandecía mucho más de lo que era en su natural constitución; y algunas veces, para mostrarla Dios el amor que le debía tener, le parecía que todos los miembros de su cuerpo se le

habian convertido en corazones, y que estaba en tados ellos llenándolos Dios. Pues ¡oh alma! ¿cómo en este tu corazoncillo quieres juntar á Dios con el demonio? Pues aunque tuvieras mas corazones que átomos tiene el sol, y cada corazon fuera mayor que todo el mundo, era poco para amar á Dios. Otros hay que aman á Dios en la prosperidad, en la abundancia; cuando no hay trabajos, mucho fervor, mucho rezar, mucha Iglesia; pero venga el trabajo, la pobreza, la tentacion; y olvidóse todo. ¡Y qué impaciencias, que riñas, y que pecados! ¡Ah, señores y Señoras! un cántaro cascado, mientras está dentro del agua lo verán lleno como si estuviera sano; pues sáquenlo del agua y al punto escurrirá hasta quedar vacío. ¡Ah, cántaros cascados! En la abundancia, en la quietud, ¿qué importa que esteis llenos, si en llegando el trabajo, la falta y la pobreza, os quedais vacíos?

A otros y otras, les parece que aman á Dios con muchas devociones y con frecuentes Comuniones. ¿Y aquel hijo? Mirad qué gravemente ofende á Dios. ¡—Qué he de hacer? es mi hijo, y es forzoso disimular por no perderlo.—Mirad que aquel trato fué ilícito, y debéis restituir la mala ganancia.— ¡Qué he de hacer? es forzoso sustentar mi familia.—Esa mala voluntad, y aún odio que teneis á fulano, mirad que es culpa muy grave.—Ya lo veo; pero yo debo mirar por mi honra.— ¡Oh desventurado! Dejas á Dios por tu hijo; pues perderás á tu hijo y perderás á Dios: dejas á Dios por la hacienda; pues perderás la hacienda y perderás á Dios: dejas á Dios por la honra; pues perderás á Dios y perderás la honra. ¡Y qué al contrario! Desprecia Joseph su honra por no ofender á Dios con la adúltera, y le paga Dios con redoblarle la

honra: deja Abraham el hijo por obedecer al mandato de Dios, y le paga Dios con mejorarle el hijo y la descendencia: deja David el Reyno por no ejecutar en Saúl una venganza, y le paga Dios con ponerle en la cabeza la corona: deja Susana hasta la vida por no caer en una torpeza, y le paga Dios con asegurarle la vida y con hacer eterna su gloria. ¿Qué quieren? que de estos ejemplos les pudiera correr todas las Escrituras. Ya, pues, no será perder todas las cosas, sino asegurarlas en Dios, si por no ofenderle las perdemos. Y mientras ese caso no llega, hagamos continuamente esta resolucion firme: primero morir que pecar: primero perderlo todo, que ofender á Dios; eso pues es *amar á Dios sobre todas las cosas*, querer antes perderlas que ofenderle. ¡Oh, qué cotejo! perder la nada por tener el todo; perder lo mismo que por instantes se nos vá y nos deja, por tener lo que por una eternidad nos llenará de gozos; perder, en fin, la vileza de las criaturas, por la hermosura infinita, por la perfeccion inmensa de Dios.

Refiere Fray Tomás de Cantimprato, hubo en Bravancia una doncella muy virtuosa, hermosa y noble; y permitióle Dios al demonio que la tentase con vehementes estímulos de la carne, sin apartarse de la imaginacion la representacion de un mancebo, en quien incautamente habia puesto los ojos. ¡Oh robadores del alma! ¡oh medianeros de la muerte! ¡oh puertas de la perdicion! Tras los ojos se fueron los pensamientos, y tras los pensamientos se vinieron las tentaciones. ¡Qué lucha, qué batalla! Acudia afligida á dár parte de todo á su confesor, con cuyos prudentes consejos alentada resistió algun tiempo. Pero refinando el infernal enemigo su artillería, no le permitia instante de repo-

so. ¡Ah, de un solo mirar tanto fuego! ¿Qué espera quien ya por su apetito en nada mira? Creció tan crudo el combate una noche, que ya rendida, determinó salir luego á la mañana á buscar la causa de su perdicion. Levantóse áun antes del dia, y al irse ya encaminando á la puerta de su casa: ¡á dónde vas? le previene la voz; y al parar la atencion, le embarga la vista; ¿quién? el más hermoso de los hijos de los hombres, Cristo nuestro Redentor, que mostrándola sus llagas frescas, y coriendo sangre, la dijo: ¿Es por ventura ese mancebo más hermoso que yo? ¿Es más dulce en sus finezas que yo en las que he hecho por tí? ¿Pues qué vas á buscar? Amame á mí más que á él, que yo más que él, soy liberal, soy noble, soy dulce y soy hermoso. Dijo; y desapareció de sus ojos y de su corazon toda la tentacion de la carne, hasta el último de su vida. (Flores, *Exemp. tit. de Charit. Dei. c. 3. ex 3.*)

¡Oh, amabilísimo Jesus, y si el considerar tu hermosura pusiera así freno en nuestros apetitos, cuando ciegos nos precipitan á perderte! ¡Oh, pérdida imponderable, en que perdemos el mundo, perdemos la conciencia, perdemos el alma, y perdemos el Cielo! Y en ganar solo á Dios lo ganamos todo, ganamos una eterna gloria.

PLATICA IV.

CÓMO Y CUÁNDO NOS OBLIGA EL PRECEPTO DE LA ESPERANZA.

A 16 de Noviembre de 1690.

QUIEN ama un bien ausente, entretiene su amor con los deseos, y alienta sus deseos con la esperanza. (D. Th. 2. 2. q. 17. art. 8. *in corp. et ad. 2.*) Carecemos, pues, de la vista de Dios, único amor de nuestros corazones, único bien de nuestras almas; por lo cual en esta vida solo nos quedan por consuelo los deseos de llegar á verlo; y á esos deseos los anima la esperanza de gozarlo. Síguese, pues, del amor de Dios la esperanza de que lo hemos de ver en su gloria; y así nos manda juntar con todos los afectos del corazon, *extoto corde tuo*, todos los deseos del alma, *et ex tota anima tua*. Pero hé aquí, que sin aguardar mas razones, me sale al paso un argumento, y con dificultad:— Padre, me dice ya alguno de mis oyentes, estamos ya en que el amor de Dios, á que nos obliga el primer Mandamiento, es un amor muy fino, un amor del todo desinteresado, á que amemos á Dios solo